

Ático

Gabi Martínez



La realidad depende siempre del punto de vista. El protagonista de *Ático* es un programador de juegos de ordenador que pretende crear el mejor producto del mercado. Para ello, se recluye en un ático urbano donde pretende encontrar la concentración necesaria para acometer tan difícil empresa. Su desconexión con el mundo exterior se interrumpe de manera intermitente con sus contactos con los vecinos de la azotea de enfrente, de origen magrebí. Su amistad con estos vecinos le sirve de aprendizaje y su escaso contacto con la realidad va impregnando su portentosa creación virtual.

Índice de contenido

Cubierta

Ático

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Pantalla 1

10

11

12

13

14

15

Pantalla 2

16

17

18

19

20

Pantalla 2

21

22

Interludio en ático...

... Con perfil de un campeón

23

24

25

26

27

28

29

Transición interáticos

30

31

32

33

34

Pantalla 3

35

36

Pantalla negra

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

Pantalla 4

49

50

51

Pantalla 4

52

Pantalla 4

53

54

55

Pantalla 5

56

57

58

59

60

61

Pantalla 5

62

63

Jugadores de altura

Sobre el autor

«La verdad es que tú no quieres escuchar otra historia que la tuya. La verdad es que no hay sitio para nadie más en una vida como la tuya.»

TOM SPANBAUER

El hombre que se enamoró de la luna

«Una vez más hoy me pregunto: ¿La amo?, y una vez más no sé qué contestar. O más bien por centésima vez me he contestado que la odio.

»Sí, me era odiosa. Ha habido momentos en que hubiese dado la mitad de mi vida por estranglarla. Lo juro. Si hubiese sido posible hundirle lentamente un puñal en el pecho yo creo que lo hubiera hecho con delicia.

»Y, sin embargo, mi palabra de honor, si en Schlangerberg, en aquella altura de moda, me hubiese dicho: Tírese usted cabeza abajo, me habría lanzado inmediatamente, incluso con satisfacción.»

«Ninguna comparación es posible y es inútil predicarse a sí mismo la moral.»

FIODOR DOSTOIEVSKI

El jugador

1

Cuando después de palabras como «reajuste», «crisis» y «cinturón» le dijeron «despedido», Eduard Montes sintió un trallazo en la nuca que le obligó, de forma inexorable, a sonreír.

Eduard había trabajado siete años —empezó a los dieciocho— en aquella empresa informática.

Y la sonrisa se ampliaba.

Nueve días antes, pilotos suicidas habían derribado las Torres Gemelas de Nueva York y reventado una porción del Pentágono en Washington. El denominado mundo occidental estaba en alerta Delta. Se hablaba de guerra inminente, de armas químicas, los ejércitos se desplegaban mientras los alrededores de Battery Park, al sur de Manhattan, aún humeaban.

—¿Te hace gracia? —le preguntó su jefe, muy grave.

—Más que eso —respondió Eduard—, mucho más. Es como mi mejor fantasía.

2

Siempre lo había dicho:

—Quiero vivir en un ático para contemplar la ciudad.

Y también:

—Un día programaré un juego al que todos querrán jugar.

Por eso, después de firmar los papeles del paro, Eduard volvió a casa despacio escrutando las azoteas. En algunas vio plantas sobresaliendo, cristaleras reflectantes, incluso distinguió el penacho de una palmera. Es cierto que en la mayoría no pudo ver nada, pero eso le invitaba a imaginar situaciones.

A mediados de los años noventa el Ayuntamiento de Barcelona prohibió la construcción de nuevos áticos en la ciudad. En 2001, los áticos que resistían costaban mucho dinero y aun así eran difíciles de encontrar debido a la gran demanda. Por eso, cuando cuatro tardes después Eduard anunció el alquiler a sus amigos programadores, Rashid Ransangani, al que todos llamaban Diblú, respondió:

—Anda ya.

—Una ganga de cuarenta metros cuadrados y una azotea de treinta. Me voy la semana que viene.

—Anda ya.

—¿Tú solo? —preguntó alguien.

Entonces les explicó el proyecto.

—Pero ¿por qué? —preguntaron varios.

—No os enfadéis —dijo Eduard—, pero ahora yo necesito mis máquinas y creo que poco más. Quiero demostrar algo, dar un paso hacia el futuro. Y probar qué es estar solo.

—Anda ya.

Rashid Rasanghani Diblú era hijo de hindúes, al final de un comentario siempre repetía las palabras que le parecían importantes, los test decían que era superdotado, sus amigos que era tacaño y en su dormitorio tenía la fotografía de un hombre con los brazos abiertos y cara de incredulidad que daba la espalda a un tablero de ajedrez gigante sobrepresionado en una pared al fondo.

La foto databa de 1995, cuando el supercomputador Deep Blue derrotó al campeón del mundo de ajedrez Gary Kasparov. Por primera vez en la historia, una máquina no hallaba rival en el cuadro humano y confirmaba la predicción que Rashid Rasanghani Diblú había formulado en cuanto le advirtieron del duelo:

—Gary perderá con Deep Blue. Deep Blue.

En el primer enfrentamiento entre el aparato y Kasparov, el campeón ruso ganó cuatro a dos y dijo:

—Ninguna computadora me vencerá antes del 2000.

Los expertos de IBM en el Equitable Center de Nueva York analizaron las partidas creando una versión mejorada de Deep Blue. El resultado fue un sistema de procesamiento paralelo RS/6000 SP que contaba con 32 nodos, compuesto cada uno por ocho procesadores específicos de ajedrez de tecnología VLSI, que le permitían calcular doscientos millones de movimientos por segundo.

Deep Blue contenía los datos de las cien mejores partidas de los últimos cien años y, aunque no era capaz de desarrollar nuevas estrategias, aprendía de sus propios errores. Con esta inconmensurable ventaja, los programadores volvieron a desafiar al ruso.

—No me da miedo decir que temo a Deep Blue —declaró después del torneo el nuevo subcampeón—. Ha mostrado claros signos de inteligencia.

En los días que siguieron a la victoria de su candidato, la fascinación por aquella inteligencia artificial impulsó a Rashid a mencionar en cualquier charla, y siempre en número

par, el nombre del ordenador. Desde entonces los amigos le llamaban Diblú y la verdad es que les sorprendió bastante presenciar cómo, tras el anuncio de Eduard, Rashid Rasanghani Diblú se incorporó, fue a la barra, contra todo pronóstico pidió una ronda de cervezas, volvió a sentarse, dio un puñetazo en la mesa y dijo:

—Anda ya. Tú estás lleno de fantasías.

3

Antes de septiembre de 2001, Eduard Montes dedicaba diez horas al día a navegar el ciberespacio buscando informaciones útiles para su empresa, que era, decían, global. El fin de semana salía de noche a fumar, a beber y a por chicas, lo que se le daba de perlas, aunque con ninguna duraba.

—No tengo tiempo —decía.

Cuando en cualquier tesitura se hablaba de amor solía mostrarse bromista pero ante la mención de la soledad cambiaba el semblante, que iba tornando mustio hasta esbozar remilgos de genuina melancolía.

—Soledad —musitaba a veces—. Soledad.

Navegando había encontrado definiciones y otros datos sobre Amor y Soledad. Leyó cientos, quizá miles de pequeñas historias y opiniones al respecto y se puede afirmar que en general sabía bastante del tema. El Amor lo buscaba por curiosidad y la Soledad porque le parecía romántica, seductora, enigmática y porque alguien en quien creía le explicó que para soportar los embates con los que sin duda le sacudiría la vida, asumirla resultaba fundamental.

A finales de septiembre de 2001, después de surcar durante siete horas y veintitrés minutos el ciberespacio aislado en un cuarto de la casa donde vivía con sus padres, Eduard Montes apagó el ordenador, conectó la televisión, bajó el volumen del aparato y telefoneó a su hermana, que vivía en Illinois desde hacía dos años junto a un marido. Le comunicó que iba a encerrarse tres meses con máquinas.

Durante segundos, varios segundos, su hermana no habló.

El informativo emitía de nuevo imágenes de los aviones estallando contra las Torres.

—¿Cris?

De las Torres al derrumbarse.

—¡Cris, que es conferencia!

—Cariño —respondió la hermana—, tú no sabes lo que es el tiempo.

Eduard despegó los labios pero la hermana se anticipó:

—Aunque como eres un cabezón, escucha: antes del encierro debes andar. Anda por la ciudad y trata de recordarla. En soledad se vive de la memoria.

—¿Pasa algo con Rodrigo? —preguntó Eduard.

—Y caminar es bueno para la salud.

—¿Eh? ¿Pasa algo?

—Anda, cariño, anda.

4

—¿Aún quieres ir al ático? —preguntó Rashid.

—Ya tengo las llaves y lo voy a hacer. ¿Sois mis amigos?

La respuesta fue un murmullo, gestos bruscos, palmetazos.

—Pues en los próximos meses olvidaos de mí.

Los chicos encabalgaron insultos, exclamaciones.

—¿Y se te puede llamar?

—Preferiría que no, pero si es por alguna urgencia os paso mi nuevo *e-mail*.

Mientras dictaba la dirección, Rashid cruzó una pierna sobre otra, dijo:

—Anda ya. —Miró a la televisión, que emitía imágenes de hombres armados, y repitió, obviamente—. Anda ya.

Cuando terminó el dictado volvió el alboroto al grupo. Eduard corrió la silla de la mesa y dijo:

—Ahora tengo que andar.